

Cristianismo
y Economía
de Mercado

“Treinta Años de la Caída
del Muro de Berlín:
¿Por qué el miedo a recordar?”

HERMANN TERTSCH

“TREINTA AÑOS
DE LA CAÍDA
DEL MURO DE BERLÍN:
¿POR QUÉ EL MIEDO
A RECORDAR?”



Unión Editorial



CENTRO DIEGO
DE COVARRUBIAS

THINK!

© 2020 HERMANN TERTSCH
© 2020 UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Galileo 52 • local • 28015 Madrid
Tel.: 91 350 02 28
Correo: editorial@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

© 2020 Centro Diego de Covarrubias
Correo: info@centrocovarrubias.org
www.centrocovarrubias.org

Depósito legal: M. 15.077-2020

Compuesto e impreso por JPM Graphic, S.L.
Impreso en España • *Printed in Spain*

PRESENTACIÓN

En la historia de la Humanidad, la lucha por la Libertad, fundamento de la dignidad humana, ha sido ardua y constante, en un proceso de lentos avances sujetos a ataques desde distintos ámbitos de la sociedad, tanto políticos como religiosos.

La libertad económica, que dio los primeros pasos con los escolásticos españoles del s. XVI y que se plasma en la libertad de empresa y en la libertad de mercado, ha sufrido múltiples avatares hasta que, con la Revolución Industrial, pudo empezar a demostrar con resultados sus beneficios: crecimiento económico, prosperidad, disminución de la pobreza y del hambre, y avance del bienestar material de la humanidad.

Sin embargo, tales éxitos han sido constantemente denostados desde distintas perspectivas debido a ese pecado capital que es la envidia.

En concreto, las ideas sociales derivadas tanto del socialismo (en sus múltiples facetas) como del conservadurismo han puesto constantes trabas a los avances de la libertad económica. A estos ataques se han sumado algunas ideas religiosas ancladas en una economía anticuada, que valora el intercambio como un juego de suma cero, sin crecimiento ni movilidad vertical y horizontal. Todo ello hace que, en estos momentos, la libertad de las personas, de la sociedad y de la economía esté amenazada o al menos se halle en cuestión en amplias capas de nuestra sociedad, incluso a pesar de los evidentes beneficios que genera.

La colección que se inició con el nombre de Cristianismo y Economía de Mercado de la mano de Unión Editorial y el

Centro Diego de Covarrubias pretende aportar conocimiento, ideas y argumentos a esa batalla que se está desarrollando en la que defendemos una sociedad basada en el concepto indivisible de la libertad de la persona que creemos fundamentada en tres pilares:

1. Un sistema económico de libre mercado y libre empresa que se deriva de la existencia de derechos de propiedad bien definidos y debidamente protegidos por la Ley. La economía de mercado constituye la forma más eficaz, eficiente y moral de combatir la pobreza y crear riqueza, empleo y bienestar.
2. Un sistema político democrático basado en la separación real de poderes, la igualdad ante la Ley y el respeto de los derechos constitucionales de las minorías. A ello se suman la garantía del derecho a la vida, (incluida la del concebido y aún no nacido), a la propiedad y a las libertades personales (de expresión, educación, religión, desplazamiento, residencia, etc.) que derivan del Derecho Natural.
3. Un sistema moral y cultural pluralista basado en los principios éticos y culturales de la civilización judeo-cristiana y greco-romana. Estos principios definen el sistema de valores que actúa como marco en el que se desenvuelven los otros dos pilares.

VICENTE BOCETA ÁLVAREZ
PRESIDENTE DEL CENTRO DIEGO DE COVARRUBIA

Colección Cuadernos

PEQUEÑAS GRANDES OBRAS

El Centro Diego de Covarrubias está empeñado en diseminar textos que presenten las realidades, logros y propuestas del Cristianismo y el Liberalismo, en su histórica función vertebradora de la vida social. Va en nuestra condición y en ello estamos. Y lo estamos tanto más cuanto mayor sea la injerencia del Estado en la vida de personas y empresas en una sociedad cada vez más acosada por administraciones superpuestas y grupos de presión que persiguen ahorrar las libertades a sus preferencias. Es lo suyo y es lo nuestro. De ahí la propia existencia de la Colección Cristianismo y Economía de mercado, ya bien conocida.

En esa línea de defensa de la libertad, hemos pensado en traer a la palestra una nueva línea de publicaciones. Se trata de recoger algunas cortas manifestaciones que, por su poca longitud, se ven marginadas de los textos formales al uso, pero que por su enjundia e interés conviene sean presentadas como se merecen. Son artículos de una cierta longitud, transcripciones de discursos y conferencias, prólogos de obras de terceros, resúmenes de textos fundamentales pero difíciles, reseñas de otras obras de mucha mayor extensión... No importa su origen o formato inicial, su factor común es la calidad, la trascendencia y el impacto que las acompaña.

Queremos que esas manifestaciones próximas al conjunto de ideas que nos son propias sean elevadas al rango de lo imperecedero. Y la mejor forma de hacerlo, a nuestro juicio, es publicándolas en forma de librito, opúsculo, cuaderno, panfleto o comoquiera prefiramos llamar a nuestra iniciativa. Así, estas breves obras, algunas de las cuales merecen ser calificadas de maestras, permanecerán más fácilmente entre nosotros y llegarán a más lectores. De otra forma, su alcance sería menor y perderíamos mimbres de nuestro acervo cultural.

Esperamos y deseamos que la lectura de estos pequeños libros os sea satisfactoria y deje en vuestra memoria el poso de conocimiento que por su valor se han ganado. Así sea.

Centro Diego de Covarrubias

INTRODUCCIÓN

Queridos amigos del Centro Diego de Covarrubias,

Nuestra organización ha trabajado desde hace mucho tiempo en la configuración de un nuevo evento que esperamos consolidar como uno de los principales compromisos anuales del liberalismo cristiano. Se trata del *Día de la Libertad*, una fecha que gira en torno a la conmemoración del derribo del Muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989, hace ahora treinta años.

Aunque nuestra entrega anual de la Medalla de la Libertad solía realizarse en torno a esta efeméride, queremos resaltar la importancia propia de tal acontecimiento con esta jornada singular. En esta línea, la primera edición del *Día de la Libertad* tuvo lugar el jueves 14 de noviembre en el Centro Riojano de Madrid.

El acto sirvió para conmemorar el trigésimo aniversario de un acontecimiento vital para Europa y para reflexionar sobre el presente y futuro del Viejo Continente. El protagonista del acto fue un invitado especial: el periodista y escritor Hermann Tertsch, que pronunció una conferencia sobre el miedo a recordar el terror comunista.

Tertsch conoció de primera mano la caída del comunismo, merced a su trabajo como corresponsal en Europa del Este para el diario *El País* o la Agencia EFE. A comienzos de los años 90, destacó por su cobertura de las guerras yugoslavas, antesala de su paso a las páginas de opinión, donde es un referente desde hace años.

En los últimos años ha sido analista habitual en diversos medios de comunicación. Autor de importantes ensayos (*La venganza de la historia, Días de ira...*) y novelas (*La acuarela, Cita en Varsovia...*), Tertsch es uno de los pensadores más importantes e influyentes de España, y ha colaborado en los últimos años con medios como *ABC* o *esRadio*. Cuenta, además, con un gran seguimiento en redes sociales como Twitter, donde casi 150.000 personas están suscritas a sus contenidos.

En abril de 2019, Tertsch anunció su candidatura al Parlamento Europeo por Vox, en calidad de independiente. Tras resultar elegido en las elecciones del pasado mes de mayo, se incorporó al Comité de Relaciones Internacionales de la Eurocámara, así como a las delegaciones encargadas de las relaciones bilaterales con América Latina o Rusia.

Este cuaderno recopila la intervención de Hermann Tertsch durante el *I Día de la Libertad*, con ánimo de favorecer la difusión de las ideas compartidas durante su conferencia y de ensanchar el alcance de su mensaje.

“TREINTA AÑOS DE LA CAÍDA
DEL MURO DE BERLÍN:
¿POR QUÉ EL MIEDO A RECORDAR?”

HERMANN TERTSCH

El pleno de la Eurocámara ha celebrado a comienzos de noviembre de 2019 un acto dedicado a recordar el treinta aniversario de la caída del Muro de Berlín. Es importante que exista un reconocimiento institucional de este tipo, para recordar todo lo que supuso el desplome del comunismo. Además, una conmemoración de este tipo nos permite reflexionar sobre todo lo que ha ocurrido en las tres décadas siguientes y acerca de la situación que tenemos ahora.

Lamentablemente, el presidente del Parlamento Europeo, un socialista italiano llamado David Sassoli, logró hacer lo mismo que hacen buena parte de los periodistas españoles cuando se trata de evocar lo que ocurrió el 9 de noviembre de 1989: hablar de la caída del Muro de Berlín sin hacer la menor mención al comunismo.

Ese tipo de discurso políticamente correcto nos habla del derrumbe de una pared, de una celebración en la que había mucha gente feliz, de un momento histórico... pero no tiene interés alguno en profundizar en todo aquello. Sassoli, como tantos otros, ha demostrado que es posible hablar de la caída del Muro de Berlín sin reflexionar, aunque sea un poco, sobre todo lo que supuso la opresión comunista en Europa del Este.

Eso sí: no fue solamente Sassoli. La gran mayoría de los intervinientes elegidos por el Parlamento Europeo no emplearon el término «comunista» en ningún momento de su exposición. Lo mismo ocurre en las televisiones e incluso en

algunos periódicos. Mucha gente evita atribuir aquel Muro que dividía Berlín en dos a quienes lo levantaron.

El Muro empezó a construirse en 1961. Por aquel entonces, el telón de acero era infranqueable de norte a sur, desde el Báltico al Adriático. La única espita que quedaba abierta era la divisoria que atravesaba Berlín. Del lado de Occidente, tres aliados habían asumido el control de las zonas de ocupación: Estados Unidos, Francia y Reino Unido. Del lado oriental, la zona de control soviético.

La decisión de levantar un Muro se explica porque había ciertas áreas de la ciudad que no estaban tan firmemente separadas, lo que era aprovechado por los ciudadanos para huir del Berlín soviético al Berlín libre. Por esos resquicios se les escapaba todo el que se atrevía a probar suerte. Y eso suponía una sangría de personas, que se llevaban con ellas su talento, su cerebro, su conocimiento...

Esa huida dejaba en el aire la viabilidad de la Alemania soviética. De hecho, era una amenaza a todo el sistema totalitario comunista. Sus mandamases no se lo podían permitir. Por eso tuvieron que levantar una cárcel y cerrarla a cal y canto. Porque, si en una cárcel dejas una ventana abierta, todo el mundo intentará llegar a ella, por difícil que sea.

Han pasado treinta años. Ese Muro cayó a finales de los años 80. Pero, insisto, parecería que aquello fue un fenómeno natural, que el Muro estaba ahí y, de repente, se cayó. Es como si aquel Muro no lo hubiese construido nadie y como si todos se hubiesen alegrado mucho. E, incluso quienes se congratulan del derrumbe del Muro, lo comparan ahora con las fronteras soberanas de cualquier país. Hay quienes, por ejemplo, vinculan el Muro de Berlín con el muro fronterizo de Estados Unidos con México que quiere ampliar Donald Trump. También hay quienes asocian el Muro de Berlín con los muros que em-

pezó a levantar Víctor Orbán en Hungría para combatir la inmigración ilegal. Muros que, tras ser criticados por otros países, han terminado siendo reproducidos en buena parte de Europa.

Esta es una perversión inaceptable. Se compara un Muro construido por un régimen totalitario que pretendía esclavizar y mantener en cautiverio a sus ciudadanos con las legítimas infraestructuras de protección fronteriza que tiene todo país soberano para evitar una invasión. A esa perversión hemos llegado a la hora de desfigurar el significado del Muro.

El objetivo último detrás de estas comparaciones frívolas es vaciar el mensaje real de lo que debería significar el reconocimiento y el recuerdo del Muro de Berlín, cuya caída debería motivar una reflexión sobre el comunismo, su amenaza a las libertades, su criminal empeño de encerrar a la población y condenarla a la miseria, su régimen de terror y miedo, su intervención total en la vida de las personas...

* * *

¿Por qué ese miedo a recordar? ¿Por qué ese miedo a recordar que en nuestra Europa existían estos regímenes? El otro día recordaba una tercera del diario *ABC* que la extensión de la Unión Soviética era tal que sus cárceles abarcaban hasta nueve husos horarios, desde Vladivostok hasta Berlín. Una parte casi inabarcable de la superficie del globo estaba ocupada por ese totalitarismo.

Han pasado tres décadas. Ahora tenemos una Europa unida, una Europa sin fronteras, una Europa que cuenta con órganos de gobierno comunes, una Europa donde se ha avanzado hacia un mercado económico unificado... Y, sin embargo, no somos capaces de recordar con un mínimo de franqueza lo que supuso todo aquello.

Para buena parte de Occidente, la amenaza comunista fue un miedo real y continuado durante décadas. Para millones de personas, esa amenaza fue una realidad terrorífica que se extendió durante setenta años en Rusia y durante cuarenta años en Centroeuropa.

¿Por qué ese miedo, esa timidez, ese olvido? ¿Tanto nos cuesta pensar en quién construyó ese Muro y todo lo que había detrás del mismo?

Lo que desprende esta reacción es que, treinta años después, la ideología de la izquierda extrema ha logrado reconvertirse y reciclarse con éxito. Los mismos que hicieron posible todo aquel daño vuelven a ser los que marcan la opinión pública. Es llamativo, escandaloso y muy preocupante que esté pasando algo así.

* * *

La tendencia empezó antes incluso de la caída del Muro. Podemos trazar su origen en torno a *Mayo del 68*, cuando la izquierda radical empieza a reconfigurarse, a encontrar nuevas máscaras detrás de las que esconderse. También supone un punto de partida la Escuela de Frankfurt, que supone un cambio de paradigma, una nueva forma de divulgar el marxismo en las universidades y en los medios de comunicación.

Antonio Gramsci es otro de los teóricos clave de esta nueva ofensiva. Defendía como una meta esencial la toma del cuerpo cultural de la sociedad. Ese era el paso fundamental para fortificar un nuevo marco, una nueva hegemonía ideológica. El mismo proyecto totalitario, de control y de poder, pero ahora introducido de forma menos violenta, de manera suavemente coactiva, salvo cuando las circunstancias requieren mano dura, para lo cual también hay justificaciones.

El consenso político en el que se ha movido Europa desde entonces ha estado marcado por esa influencia. Hemos evolucionado a un paradigma cultural cada vez más rígido. Se imponen los dogmas de la izquierda y se va purgando toda forma de resistencia a ese cuerpo doctrinal.

Toda expresión contestataria termina expulsada de la vida pública. No tiene sitio en los espacios públicos, no tiene cabida en el mundo cultural, no tiene voz en la universidad, no tiene espacio en los medios... De modo que, aunque el comunismo fracasó, su anquilosamiento se ha visto separado por otra maquinaria de sometimiento más sofisticada.

Esa nueva forma de control tiene dos vertientes. En el mundo desarrollado se expresa de manera más sutil y moderna. La socialdemocracia es, a menudo, su caballo de Troya. Pero en este proyecto están todos los que quieren seguir imponiendo los criterios ideológicos de la izquierda. Y, como vamos comprobando, la disidencia se torna imposible. Y, en el mundo emergente, encontramos otra vertiente en la cual la aplicación de estas ideas es mucho más grosera, tal y como demuestran los burdos métodos autoritarios del *socialismo del siglo XXI*.

* * *

En España, por ejemplo, estamos viviendo una forma moderna de opresión con las leyes de memoria histórica. Esta es la mordaza perfecta. En nuestro país apenas quedan nostálgicos del régimen franquista, de modo que la inmensa mayoría de ciudadanos no quiere ser etiquetado de “fascista” o de “franquista”. Eso sirve para silenciar automáticamente cualquier opinión. Basta con colgarle esa etiqueta para que se descarte directamente la considera-

ción de cualquier alternativa. Se instala, pues, una verdad oficial, una verdad políticamente correcta.

Esa corrección política es, de hecho, uno de estos elementos claves del proyecto *gramsciano*. Su avance es paulatino, pero progresivo y continuado. No se puede discrepar del discurso impuesto desde el poder. Lo hemos visto, por ejemplo, con la polémica que ha despertado un autobús que nos recuerda que *los niños tienen pene y las niñas tienen vulva*, algo que parece molestar mucho a los ideólogos de género y que, sin embargo, nadie discute en la calle.

Siempre hay valientes, por suerte, que se atreven a alzar la voz. No obstante, son esos valientes quienes sufren el linchamiento mediático. En casi todos los medios de comunicación se los sataniza, se los estigmatiza. La meta última es el *asesinato civil*, la eliminación de la vida pública. Y, en ocasiones, la ofensiva cuenta con la colaboración de algún juez con ganas de demostrar que él también es uno de los buenos y que está dispuesto a judicializar y condenar la disidencia y la libertad de expresión.

Ni siquiera son movimientos espontáneos, sino que a menudo están organizados. Por ejemplo, en el caso de la judicatura, son públicos los pronunciamientos políticos de la asociación Jueces y Juezas para la Democracia, que no se esconde a la hora de proclamar su radicalismo y su sectarismo y que habla abiertamente de su apoyo al *Frente Popular* que nos gobierna. Que estos sean quienes luego nos van a juzgar debería causarnos auténtico terror. ¿Somos conscientes de lo que puede suponer para cualquiera de nosotros el hecho de que los jueces que nos pueden juzgar por una cosa o por otra pueden ser integrantes de ese grupo?

* * *

La caída del Muro de Berlín acabó con un modelo muy especial de comunismo, que había logrado un poder casi absoluto y se había impuesto de una forma muy metódica, siguiendo el liderazgo de Stalin y el modelo de las invasiones del Ejército Rojo.

En todos los países que pisaron sus tropas, las botas militares llegaban para quedarse. No hubo uno solo que no se transformase en una dictadura. Y todas esas dictaduras fueron prácticamente iguales. En todas ellas se mató, se expulsó, se aterrorizó, se destruyó...

La capacidad de resistencia fue mayor o menor dependiendo de cada sociedad, aunque el denominador común era el daño infinito causado a generaciones enteras de personas. Todo ese terror fue sembrado en nombre de la causa comunista, que sin duda es una de las ideologías más letales del siglo XX.

La anomalía es que esa ideología persiste. Aunque es una ideología tan criminal como el nazismo, el trato que se le brinda en la esfera pública al comunismo es completamente distinto. Y no debería ser así. Hablamos, al fin y al cabo, de dos vertientes criminales y asesinas del peor tipo de totalitarismo.

* * *

El comunismo no es solo un sistema de opresión física o económica, también atenta directamente contra la libertad de pensamiento, de opinión, de expresión... Por eso es preocupante que la política europea esté dominada por facciones que piensan lo mismo, dicen lo mismo y atacan sin piedad a todo el que se desmarque.

En noviembre de 2019, el Parlamento Europeo aprobó una lamentable resolución contra el gobierno de Polonia. En teoría, se dirigía contra la supuesta “criminalización de la educación

sexual” que estaría perpetrando dicho país. Sin embargo, lo único que ha hecho el gobierno polaco es indicar que, en el marco de sus competencias y de su legitimidad democrática, no considera prioritario hacer actividades como talleres de masturbación o de sexualidad LGTB dirigidos a niños de siete u ocho años.

¿Es eso “criminalizar la educación sexual”? Así lo ha decidido por abrumadora mayoría el Parlamento Europeo. Y la resolución ha salido adelante con el voto favorable de populares, socialistas, comunistas... Nos hemos opuesto alrededor de 160 representantes, pero cerca de 600 la han aprobado. Ni siquiera les ha preocupado que, incluso dando por buenos sus lamentables y preocupantes postulados, un pronunciamiento así supone, además, una injerencia inaceptable que invade la soberanía de Polonia y su capacidad de decidir cómo quiere organizar su sistema educativo.

Pero en España no andamos tan lejos de este tipo de escenarios. Ya hemos escuchado a la Ministra de Educación, Isabel Celáa, diciendo que “los niños no son de los padres” y que la formación de nuestros hijos la decidirán exclusivamente desde el gobierno. ¡Y la Iglesia callada ante todo esto! ¡Siempre de perfil! Es lamentable.

Otro ejemplo reciente de ese rodillo que nos recuerda lo peor del comunismo fue el penoso espectáculo que hemos vivido con la exhumación de Francisco Franco. La Iglesia, de nuevo, enmudeció. Igual creen que portándose bien, el enemigo dejará de ser el enemigo. Lo hacen por tacticismo, para que no les suban el IBI o no les prohíban los crucifijos en las aulas, y al final lo único que va a pasar es que van a tener aún menos capacidad y autonomía y, además, se van a quedar sin IBI, sin cruces, sin educación y sin nada.

* * *

Es importante contrastar esa actitud de la Iglesia con la emoción que todos sentimos cuando Europa empezó a cambiar y a plantarle cara con fuerza al comunismo. Todo aquello fue posible gracias a Juan Pablo II.

Cuando el Santo Padre visita Polonia, el movimiento contra el comunismo sale tan reforzado que casi resulta imparable. El éxito del mensaje de solidaridad y valentía levantó a los polacos, después a los húngaros y, finalmente, a todo un continente.

Juan Pablo II le dio el protagonismo al pueblo oprimido, porque los ayudó a ponerse al frente de un levantamiento pacífico que empezó a derrumbar poco a poco el sistema de comunismo.

De hecho, aunque la caída del Muro de Berlín resulta muy simbólica, la destrucción del *Telón de Acero* empezó algunos meses antes, un 27 de junio, cuando el ministro de Relaciones Exteriores húngaro, Gyula Horn, y su homólogo austriaco, Alois Mock, cortaron simbólicamente un trozo de alambre de la fortificación que separaba ambos países.

Tuve el honor y el privilegio de estar allí presente. Pude ver a aquellos húngaros que lanzaban a Austria a conocer el mundo libre. Muchos corrían con auténtico pavor, pues temían que los soldados soviéticos abriesen fuego contra ellos. Pero los soldados sabían que aquello era imparable. Miraban a un lado, silbaban, fingían no enterarse de aquello y dejaban que la gente saliese decididamente a Occidente. Y, una vez se abrió esa ventana, empezaron a abrirse muchas más.

Para eso era importante el rol de la Iglesia Católica y del papa Juan Pablo yendo a su país natal, Polonia, y trasladando a los ciudadanos un mensaje de esperanza que nosotros debíamos tener siempre muy presente. El pontífice fue claro: *no tengáis miedo, no os resignéis*. Es el mismo impulso que lanzaban Ronald Reagan o Margaret Thatcher desde sus respectivos

países. Ese empujón nos ayuda a tener fuerza y luchar por la libertad, superando el miedo, dejando a un lado la comodidad, venciendo cualquier obstáculo y teniendo el coraje de saber que el enemigo es más débil de lo que parece, porque todo su poder se basa en una gran mentira y una gran inmoralidad.

Millones de europeos perdieron el miedo y plantearon una apuesta en defensa de la verdad. Lo vemos en aquellos polacos, que se plantaban con las palmas de las manos desnudas y abiertas frente a los tanques que intentaban reprimir sus protestas, en aplicación de la ley marcial. La represión en Polonia duró diez años, pero el régimen perdió, perdió y perdió poder durante todo el proceso. La libertad fue avanzando, inexorablemente y pese a la violencia comunista.

En diversas ocasiones tuve la ocasión de entrevistar al general Jaruzelski. En la década de los 90, en varias visitas que hizo a España, volví a encontrarme con él. Según me dijo, él sabía que, alrededor de 1975, el régimen solo tenía un camino por delante: el del declive paulatino hasta la desaparición final. No había forma de reconvertir el comunismo.

Ya no se podía recurrir, como en los años 60 y 70, con nuevas oleadas de represión o con estímulos que animasen la producción económica. Ni el *palo* ni la *zanahoria*. La población no esperaba un reequilibrio del sistema porque poco a poco entendía que el paradigma había fracasado de forma absoluta y definitiva.

La estrategia de presión había funcionado. No podía ser de otra forma. Junto con Juan Pablo II, Reagan y Thatcher conformaron un triángulo virtuoso que no cesó en su presión contra el comunismo. Reagan llevó a la Unión Soviética al límite de su capacidad al desatar la llamada *guerra de las galaxias* y acelerar la carrera armamentística. Aquel era un pulso tecnológico que Estados Unidos podía asumir sin problema, pero que hizo que el sistema comunista colapsase. Thatcher

también jugó un papel vital, en su implacable defensa de la libertad. Y a todo eso hay que sumarle la figura del papa, que hace un llamado irresistible a la voluntad y a la esperanza de millones de europeos que terminaron poniéndose en pie.

* * *

A título personal, he de decir que vivir todo aquello en primera persona fue un inmenso privilegio, un momento tan bonito, tan especial, algo insuperable en mi experiencia como periodista.

Creo que hay pocos momentos históricos que hayan tenido un significado tan profundo y transformación. Quizá la I Guerra y la II Guerra Mundial o los procesos de desintegración de algunos imperios sean comparables, pero hasta ahí.

Fue maravilloso contemplar cómo caían aquellos regímenes, ver cómo se abrían las grietas que terminaban haciendo que se quebrasen sus paredes, sus muros. Pero aquello no suponía el fin de la historia. Recuerdo que advertí, al igual que hicieron otros pocos, de lo que podía terminar ocurriendo en Yugoslavia. El país caminaba de la desintegración a la guerra, pero nuestras advertencias no fueron escuchadas.

Pero, con lo bueno y con lo malo, fue una época fascinante y de profunda emoción. La belleza de los sentimientos que evoca todo aquel proceso es genuina. Y, aunque hoy contemplemos con decepción que hemos retrocedido mucho más de lo esperado, lo cierto es que lo ocurrido en los años 80 nos recuerda que hemos sido capaces de tumbar el comunismo más explícito, más duro, más coactivo, más opresivo de todos.

El mero hecho de que sus defensores hayan tenido que sofisticar sus métodos es, en parte, una amarga victoria, pero debemos seguir en la batalla para conseguir un triunfo definitivo que detenga su avance.

No hay que olvidar, además, que el cambio se promueve de forma incremental, pero luego se precipita de forma rápida. Los alemanes orientales no esperaban que el Muro cayese esa tarde pero, en cuestión de horas, pasaron de ser esclavos aturridos de una tiranía a ciudadanos que recuperaban la libertad y pisaban ese asfalto vecino del Berlín Occidental. Si los mirabas a los ojos, podías ver su emoción. Se miraban, se abrazaban y casi parecía que no creían lo que estaban viviendo. Seguro que muchos pensaban, por momentos, que estaban delirando, que aquello era un sueño. Esa emoción es sencillamente indudable.

Recuerdo también la enorme emoción que vivimos en junio de 1989 en Hungría, cuando un millón de personas enterró al fin los restos de Imre Nagy, quien fuera el primer ministro durante el levantamiento popular de 1956. Nagy había liderado tal movimiento y, aunque se había refugiado en la embajada yugoslava, los jefes soviéticos lo sacaron de ahí y lo ahorcaron. Su cadáver había permanecido oculto en una fosa secreta desde entonces. Y, aunque el oficialismo quiso borrar su memoria, ahí estaba ese millón de personas, enterrándole con tanta emoción contenida.

Una de las personas que tomó la palabra durante aquel evento fue un joven estudiante con el cual yo había tenido algún contacto y que estaba ocupado en lanzar un pequeño partido de oposición al régimen. Era Viktor Orbán.

Fue él quien habló ante aquella multitud y quien demandó la retirada inmediata de las tropas soviéticas que ocupaban Hungría. Aquel día, todos los ciudadanos portaban banderas nacionales recortadas, puesto que habían arrancado el escudo socialista de su enseña nacional.

No tenemos que tener miedo, al revés, tenemos que recuperar, revivir y valorar las emociones de todos esos años, porque son los sentimientos humanos más nobles y dignos, los que nos llevan a un tiempo de lucha por la recuperación de la libertad.

Son momentos tan absolutamente arrolladores, de una fuerza tan infinita, que son por supuesto inolvidables, por mucho que pretendan evitar su recuerdo.

* * *

Pero, como hemos visto, la realidad que tenemos treinta años después de todo aquello nos muestra que el comunismo se ha reconducido y reformulado.

Al año siguiente de la caída del Muro se fundaba el Foro de Sao Paulo, impulsado por el Partido de los Trabajadores, los comunistas brasileños de Lula da Silva, quien hoy espera su regreso a prisión tras haber sido condenado por todo tipo de tropelías y delitos de corrupción.

El Foro de Sao Paulo ha desarrollado esa otra vertiente del comunismo moderno, apoyándose en mecanismos algo más sofisticados (referéndums y asambleas constituyentes), pero también en las viejas prácticas de antaño (persecución de la oposición política y de la libertad de prensa).

El sistema toca techo en la década de los 2000, pero se hunde con la caída de los precios del petróleo. Ahora vemos que, detrás del *socialismo del siglo XXI* se escondían violaciones gravísimas de la democracia, la libertad y los derechos humanos. Pero sería un error menospreciar su influencia, porque el centro de gravedad de la izquierda radical se ha desplazado desde Moscú a Caracas. Esa coordinación que antes se desarrollaba desde Rusia tiene lugar ahora desde Venezuela, a través del Foro de Sao Paulo, que mueve mucho dinero y ha creado un gran entramado en el que nos encontramos a gobiernos de distintos países, a cárteles de la droga, a grupos armados y todo tipo de organizaciones.

Las ramificaciones de todo esto son graves para España. Estamos viendo que altos cargos del *chavismo* pisan nuestro país

en contra de las sanciones que así lo impiden. También vemos que el ex embajador del gobierno de Rodríguez Zapatero está salpicado por una trama que habría desfalcado millones de euros. En paralelo, hay testigos vitales para juzgar al *chavismo* que han aparecido muertos en extrañas circunstancias (en suelo español! Y ahí está toda la financiación venezolana que llegó a la fundación de donde salieron los altos cargos de Podemos).

Realmente creo que el papel que está jugando España es muy preocupante. Lo que está pasando es muy, muy serio. En Estados Unidos lo saben, y ya miran con asombro y preocupación la escandalosa relación de nuestro gobierno con los regímenes criminales del *socialismo del siglo XXI*.

No obstante, mientras se dirimen esos lazos, vemos que el Foro de Sao Paulo sigue intoxicando la democracia allí donde puede. La Secretaría General de la Organizaciones de Estados Americanos ya ha denunciado que las protestas observadas en la segunda mitad de 2019 en Ecuador, Chile, Colombia o Perú tienen detrás a los regímenes bolivarianos.

Y su capacidad de intoxicación es tal que, por ejemplo, ahora se envuelven en el ecologismo, a pesar de que sus regímenes han destrozado el Amazonas o de que los incendios que ha sufrido Brasil tuvieron su origen en la Bolivia de Evo Morales. Y de eso no se dice nada. Nadie dice nada.

* * *

Todo esto nos recuerda que el mundo cambió con la caída del Muro de Berlín. Cambió para bien, sin duda. Se hundió un régimen absolutamente detestable. Un régimen de selección negativa en el que solo lo peor llegaba al poder, algo que ahora está pasando en nuestro país, como refleja la conformación del nuevo gobierno socialista-comunista.

**Para más información,
véase nuestra página web
www.unioneditorial.es**

